



El gran reclamo

El Financiero - 2 de mayo de 2019

El sábado pasado murió María de los Ángeles Moreno, respetada y respetable política y servidora pública. Era una convencida militante de un nacionalismo económico sensato y racional, al que entendía como un vector insustituible del fortalecimiento y ejercicio de la soberanía y de la lucha por una justicia social efectiva y realizable. Los párrafos que siguen están dedicados a su memoria.

Después del reclamo democrático, encarnado por el movimiento del 68, que arrancara a fines de los años sesenta del siglo pasado, muchos esperaban que una llamada mayor, centrada en una cuestión social cuyas coordenadas no eran tanto las de la pobreza rural sino, con cada vez mayor evidencia, de la urbanización acelerada y el extenso e intenso tránsito del campo a la ciudad y del campesinado al proletariado. Tal era la visión de lo que se entendía como el modelo clásico de transformación capitalista, al que México habría llegado tarde debido a las implicaciones portentosas que la “revolución de la madrugada”, como la llamara Adolfo Gilly, habría tenido sobre las variables primordiales de la referida transformación.

Una y otra vez, allá por los años cuarenta, varios estudiosos se preguntaron por el fin de la Revolución o anunciaron la crisis de México, debido al abandono de los principios y programas surgidos de la gesta iniciada, sin querer en realidad, por Francisco I. Madero. La verdad es que más que abandono, lo ocurrido fue una compleja y variopinta combinación de los varios programas enarbolados durante la guerra civil y su inmediata secuela.

Tomó varios y duros años y mucha imaginación y templanza, erigir el portentoso edificio del Estado que la Revolución hizo posible. Pero, ni sus perfiles eran discernibles por las teorías en boga, ni las urgencias emanadas de las bases sociales, que eran en gran medida todavía las de la propia revolución armada, eran atendidas. En y con ese contexto se emprendieron las políticas de la reconstrucción, como las llamara el historiador y economista Leonardo Lomelí en su libro así intitulado.



Con el general y presidente Cárdenas quisieron ir más allá, superar la “encrucijada” de la historia mexicana, como la describieron los historiadores soviéticos Alperovich y Rudenko, mediante unas reformas de estructura, diríamos ahora, en las que se dieran cita la afirmación y rescate de una soberanía fundamental y un pospuesto reclamo de justicia social y reconocimiento efectivo, comprometido y comprometedor para el poder, de una presencia activa y digamos que vinculante de las masas proletarias en el poder del Estado y en la redistribución de los frutos del crecimiento económico.

De aquí el poderío insoslayable de la consigna democracia y justicia social, con la que los alemanistas y el PRI quisieron relevar el lema más directo de “por una democracia al servicio de los trabajadores” del Partido de la Revolución Mexicana del presidente Cárdenas. En cualquier caso, hipótesis o época, ambas divisas refieren a unos compromisos primordiales, fundadores, del Estado que, con todo y su “olvido” toman su lugar con las reformas constitucionales de 2011 que subrayan los compromisos constitucionales a la protección y promoción de los derechos humanos o fundamentales. No podemos alejarnos, no debemos, de nuestra historia; de nuestros compromisos incumplidos, pospuestos, mistificados. Menos aún quienes están al frente del gobierno. Estos mandatos son profundos, indelebles, y deben ser escritos, con claridad y sin soslayos, en la orden del día de una transformación, la cuarta se nos dice, de la historia mexicana. Por ello no deja de ser peligroso que esta agenda “por momentos” se escabulle y esconde bajo una retórica equívoca y sin centro aparente, cuyas coordenadas se nos extravían y parecen esfumarse a sus postulantes cuyos lemas originales parecen haberse vuelto evanescentes.

Democracia y justicia social; democracia sindical; soberanía nacional, justicia social y desarrollo como cambio social y aprendizaje democrático. La consigna no es difícil si tomamos en serio las palabras y respetamos el lenguaje...De la madrugada al ocaso.